



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

ADMINISTRACION: Librería de la Inmaculada Concepcion, calle del
Buensuceso, n.º 13, Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En España é islas adyacentes.	14 pesetas al año.
En Cuba y Puerto-Rico. . .	17 id. id.
En las islas Filipinas. . .	20 id. id.
En Portugal.	5200 reis id.
En Francia, Argelia y Bélgica.	16 francos id.
En las repúblicas de América.	25 pesetas id.

ADVERTENCIAS.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando siempre por enero.

No se atenderá suscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo fácil y seguro.

Los números sueltos se venden á 3 rs.

SUMARIO DE ESTE NÚMERO.

TEXTO.—IRLANDA: Los misioneros agustinos, pág. 101.—SIRIA: Noticias de Homs, 102.—CHINA: Interesante visita á un bonzorio, 103.—TUNG-KING: Acontecimientos politico-militares: persecuciones contra los cristianos, 104.—TUNG-KING SEPTENTRIONAL: Detalles sobre la guerra: calamidades, 107.—ORAN: Fundacion de una casa de la Compañía de Santa Teresa de Jesús: idea del pais, 108.—FILIPINAS: Carácter y costumbres de los indigenas, 110.—CRÓNICA:

Roma, Inglaterra, Rusia, Tung-king oriental, Noticias varias, 112.—El Congo, 114.—Apuntes históricos sobre la fundacion del Colegio de san Carlos y sus Misiones en la provincia de Santa Fe: III, 115.—Algunas confesiones relativas á las Misiones protestantes, 119.—NECROLOGÍA, 120.

FOLLETIN.—Viaje bíblico en Oriente (Pliego 41 del tomo 2.º)

GRABADOS.—Vista de Homs (dos grabados), 101 y 105.—El mahmal, tienda que los mahometanos llevan en su peregrinacion á la Meca, 109.—Vista general de Medina, 113.—Procesion del mahmal entrando en Medina, 117.

Voy á referirte una historia, mi querido Jaime, que me parece resume perfectamente la mayor parte de los consejos que te he dado tocando á la fe y al respeto humano. Es un perfil dibujado del natural, perfil de un hombre que toma su fe por lo serio y la profesa generosamente; perfil de muchos otros que aparentan no tener fe y que por más de una razon quisieran que los otros hiciesen como ellos. Esta historia pasó no hace mucho tiempo, en un puerto asaz importante de la Normandía, tambien trabajada por las desastrosas influencias de los malos periodiquillos de la franemasoneria, de la politica y de las tabernas; pero habria podido muy bien pasar en cualquier otro puerto, en cualquier fábrica ó en cualquier taller.

Un jóven obrero, llamado Juan Maria L***, vivia, como la mayor parte de sus compañeros, olvidado de sus deberes religiosos: tenia veintitres años y era generalmente apreciado como un trabajador bueno y hábil. Cierta dia entró en una iglesia por mera curiosidad. Estaba predicando un padre franciscano, y su palabra ardiente, sencilla, llena de sentimiento y energia, causó cierta impresion en el jóven marinero. Al dia siguiente volvió á oirle, y volvió al otro dia, y tras algunas vacilaciones se decidió á cambiar de vida, á confesarse y á comulgar. Esto lo hizo de todo corazon.

No tardaron sus compañeros en apercibirse del cambio de su conducta. Uno de ellos le pidió la causa de aquel cambio, y Juan Maria le refirió sencillamente lo que habia pasado, añadiendo que estaba resuelto á vivir en lo sucesivo como bueno y verdadero cristiano.

En cuanto fué conocida la historia entre los trabajadores del puerto, el excelente muchacho fué, como es costumbre, objeto de las burlas y de las pullas de todos sus compañeros. Muchos llegaron á las invectivas y á los arrebatos; pero Juan Maria se mantuvo firme, y en lugar de impacientarse, dejó tranquilamente pasar aquella primera tormenta, que por otra parte se habia ya esperado.

—Mucho se ha gritado contra Nuestro Señor Jesucristo—se decia;—el discípulo no es más que el maestro: no debo sorprenderme de lo que me pasa. Ofrezcámoslo á Dios con espíritu de penitencia para mi vida pasada, y todo será provecho para mí.

Cierta dia en que uno de sus compañeros acababa de insultarle, acompañando sus injurias con todo el vocabulario de las blasfemias y juramentos de taberna, Juan Maria le dijo friamente:

—¡Qué bien te sientan todas esas palabrotas, imbécil! ¡Si te habrás figurado hacer una gran cosa con soltar toda esa relahila de votos y juramentos que has soltado!.. Y ahora, ¿qué has ganado? Si no hay Dios, es como si dijese tonterias á una piedra; si le hay, no le privarás de ser más fuerte que tú. Y si no te castiga en seguida, es porque sabe que no te le puedes escapar. ¿Qué contestarás á esto?

Y el otro, como que no encontraba contestacion, se largó refulfuñando, y con el gesto cariacontecido que pone esa pobre gente cuando se les remacha el clavo con alguna maestria.

Cinco minutos despues le tocó el turno á otro, que repitió la misma cancion, sazónada con las mismas blasfemias, porque todos dicen lo mismo.

—¿Sabes á qué te pareces cuando te haces así el valiente contra Dios?—le dijo Juan Maria.—Me haces el efecto de un mal perrillo faldero que ladra junto á un perrazo de Terranova y que se figura darle miedo, porque el otro le desprecia y pasa de largo sin dignarse mirarle tan siquiera. ¡Pobre faldero si llega á apurar la paciencia del de Terranova! Da éste una media vuelta hácia la izquierda, y de una sola dentellada le manda á hacer compañía á sus difuntos padres. ¡Ten cuidado que no te pase á ti otro tanto, querido!

Aquel dia los burlones tuvieron que ponerse de la parte de Juan Maria.

Mas esto duró poco tiempo. Otro marinero, verdadero poste de taberna, le apostrofó en el momento en que dejaban el tra-

bajo para ir á comer, y le dijo delante de toda una comitiva de compañeros:

—Es bien tonto eso de privarte de todo como lo haces. En lugar de divertirte con nosotros como antes, vas el domingo á fastidiarte con tus curas, á pasar el tiempo en la iglesia, y nunca sueltas las sayas de tu madre.

—Cuestion de gustos—contestó con presteza el bueno de Juan Maria.—Tú te figuras estar mejor pareciéndote á una bestia que á un hombre; y si no te has hecho recoger tres ó cuatro veces de en medio de la calle y arrojar por piedad contra un guarda-canton para guardarte de que algun carruaje te pase por encima del cuerpo, ya te parece que no has celebrado bien el domingo. Yo prefiero oir misa como un buen cristiano, hacer compañía á mi buena madre y á mis hermanas, para ir luego á divertirme honestamente y en familia. Nosotros nos divertimos y nos regalamos tanto como tú, mejor que tú, sin hacer mal á la bolsa ni á la salud. Por la noche vuelvo siempre á casa alegre y sano, y al dia siguiente estoy totalmente dispuesto para volver á mi trabajo; mientras que tú, viejo tonel, estás durmiendo la mona todavia. Que no te gusta mi vida, ¡corriente! guárdate la tuya y yo me guardaré la mia; al fin se cantarán las glorias, y ya veremos entonces á quién le saldrá mejor la cuenta.

Un chusco pretendió ridiculizarle, y le dijo Juan Maria:

—Tú quisieras hacerme pasar por un imbécil, porque no pienso como tú; y para probarme que debo pensar y hablar como tú, sólo tienes una miserable sarta de bromas de mal género, que están en todos los librejos, y circulan por todas las tabernas, y repite neciamente desde tiempo inmemorial toda la gente de mal vivir. Y este infame manojito de juramentos y blasfemias me lo propinas á diestro y á siniestro; como si todo esto tuviese algo que ver con la cuestion. ¿Sabes esto lo que me prueba? Me prueba solamente que tú quisieras que no hubiese ni Dios, ni infierno, ni religion; mas de ningun modo me prueba que no haya nada de esto. Ya ves que si tomase tus simplezas por razones, seria por lo menos lo que tú, un imbécil en toda la extension de la palabra.

Juan Maria observaba con satisfaccion que, cuanto más hablaba él, mas bajaban de tono los otros, y que, en el fondo, más de uno de sus camaradas era de su opinion. Algunos hasta habian tenido la franqueza de decirlo.

Sin embargo, cierta mañana durante el ligero almuerzo, que una media docena de marineros acostumbraban á tomar juntos, uno de ellos le dijo aún á Juan Maria:

—Di tú lo que quieras, ello es que eres el único de todos los que trabajamos en el puerto en obrar como obras. ¿Te figuras tal vez que sabes más que los otros?

—No digo tal cosa—replicó el intrépido jóven.—Lo que digo es que obro bien siendo cristiano, y que los que no lo son obran mal. Que sea solo ó no, esto nada tiene que ver. No siempre se puede agrandar á todos. Los hay que creen en la religion, y los hay que no creen en ella. Si quiero obrar con los unos, es menester que me pelee con los otros; no hay más, es imposible agrandar á los unos y á los otros. ¡Pues bien! ¿quereis saber lo que me ha decidido? Voy á deciroslo, y vereis como no es nada malo. Por de pronto he observado que siempre que se trataba de un borracho, ó de un pillo, ó de un holgazan, tratábase invariablemente de alguno de los que pertenecen á la categoría de los hombres sin religion, de esos que no creen ni en Dios ni en el diablo. Esto me hizo sospechar que ese lado no era bueno. Miré despues al otro lado, y reconocí que era allí donde se hallaba la gente más honrada en todas las condiciones. En cuanto se trataba de un hombre caritativo, de un verdadero hombre de bien, estaba completamente seguro de encontrarle entre las personas religiosas. Y de ahí deduje que valia más estar con los buenos que con los malos. ¿Hice mal?

Y como sus camaradas nada contestasen, dominados por el notable buen sentido de Juan Maria, éste continuó:

—Aun cuando no hubiera habido otra cosa para decidirme, esto habria sido más que suficiente. Pero hay todavia otra razon más fuerte, y ahí va. Si les pido á los que no creen en la religion por qué no quieren creer en ella, me dicen:—No creemos

porque es una tontería el creer.—Pero ¿por qué es una tontería?—¡Qué fastidioso eres? es una tontería..... porque lo es.—Esta es su respuesta, sin que sepan dar otra. ¡Magnífica razón, sobre todo cuando os la da un mozuelo que apenas sabe leer.—En cambio, con los que creen la cosa muda totalmente de especie: éstos saben perfectamente lo que creen y por qué lo creen. Cuando les hablo de religión, siempre me dan razones buenas en lugar de contestarme con simplezas y bestialidades, como lo hacen los otros.—De consiguiente he tomado mi partido: me he unido á aquellos que me inspiraban confianza: me he hecho cristiano, sencillamente cristiano. Rezo á Dios; como de vigilia cuando es debido; voy á misa y tomo el domingo en serio; me confieso y comulgo, y —añadió con decisión y levantándose— me va bien así. Si esto no os agrada, peor para vosotros. Todo lo que ahora se podrá decir para hacerme cambiar, será como si se hablase á una pared.

Desde aquel día no hubo ya más discusiones, y Juan María L*** continuó sirviendo á Dios con la cabeza alta, sin afectación, pero sin respeto humano, cumpliendo todos sus deberes de obrero cristiano, y estimado de aquellos mismos que más habían gritado contra él.

Tales son los que creen: tales los que no creen. ¡A ti toca escoger, amigo Jaime!

M. DE SEGUR.

LA PASTORA.

I.

Separadas por una verde colina y un valle, estaban dos aldeas; el valle tenía añosas encinas y robles seculares, una murmurante fuente de aguas cristalinas donde las aldeanas llegaban á buscarla en grandes cántaros de barro; por la mañana, cuando el sol empezaba á dorar con su primera luz la copa de los árboles, las mieses de los campos y los campanarios de las capillas, y cuando el crepúsculo de la tarde envolvía en un velo de vapores la campiña, la choza y la colina.

En una de esas aldeas, cuyo nombre no recuerdo, que apenas cien buenos vecinos tenía, vivía en miserable cabaña una anciana de cabellera blanca como las azucenas del valle; su rostro mostraba toda la bondad de su alma; todos en la aldea le tenían gran cariño y la socorrian en su miseria.

Esta buena mujer había quedado viuda hacia muchos años; continuamente estaba enferma, y por esta causa no podía trabajar; sólo una encantadora niña de hermosísimo rostro la acompañaba y ayudaba con su trabajo, apenas aliviándola de la gran miseria que tenía.

Este ángel bueno se llamaba Marta, y sólo tenía doce años; su mirar era dulce como el beso de una madre; su corazón era tierno como el cariño de una mujer que ama. En la aldea nadie la llamaba por este nombre, y sólo la conocían por el de «La Pastora.»

Cuando la aurora aparecía en Oriente, risueña y alegre con la hermosura de una niña recién despierta; cuando la flor abría sus pétalos bañados por el rocío de la noche, la brisa corría jugueteando entre las hojas del valle, el pájaro cantaba desde la rama que sostenía su nido, la campana de la humilde capilla dejaba oír su metálica voz, y todo, todo despertaba á la primera luz, la pastora aparecía en el umbral de la casa vestida con el sencillo traje de lana burda, suelto á la primera brisa el rubio cabello, que caía hasta el blanco cuello, apenas cubierto con la tosca camisa, sus ojos grandes, azules como el cielo despejado, la mirada húmeda y rebosando de una ternura infinita.

Sin hacer ruido, para que la anciana madre no despertase, entornaba la puerta, y en puntitas de pie cruzaba el patiecito cubierto por los verdes pámpanos, refrescaba su rostro con el agua que al retorno del aprisco en la tarde anterior había recogido de la inquieta fuente en su cantarillo de barro, y siempre muy quedo, sacaba del corral seis locuelas cabras, que, al ver-

la llegar, saltaban de alegría y tomaban el camino de la verde colina.

Se me olvidaba decirles que la buena niña, antes de salir al patio, dejaba arreglado el desayuno de su madre para que ésta, al dejar el lecho, encontrase todo listo.

Y ya bastante lejos la Pastora, cantaba con triste acento melancólicas baladas que había aprendido de otra aldeana que vivía en la vecina aldea; estos cantos mostraban todo el dolor de su alma, porque Marta, siendo tan niña, sufría; su espíritu se encontraba sin fuerzas, sus ojos á cada instante estaban llenos de lágrimas.

Las cabras pastaban tranquilas en la campiña. La niña oraba en la capilla al pie de una Virgen de mirada pura; después de darle gracias por el nuevo día de vida que habíale concedido, pedía en ternísima plegaria por su enferma madre, por los vecinos, por los buenos y malos, y sus votos llegaban hasta lejos, muy lejos de la aldea; porque Marta amaba á todos, su alma era una fuente inmensa de amor.

—¡Oh, padre! (decía al cura de la aldea): ¡cuántas cosas, cuánto bien haría! No habría pobres si fuese tan rica como esa señora que todas las tardes pasea por el campo acompañada de su hija; y proseguía con doloroso acento: ¡Pero soy tan pobre!...

—Por eso, hija mía, decíale el anciano, Dios tanto te ama y la Virgen oye tus ruegos.

—Entonces esa Virgen ama á los pobres.

—¿Acaso, Marta, una madre no debe querer á sus hijos?

—Y ¿yo soy su hija?

—Y todos.

—Gracias, Padre; esto que me has dicho nunca lo olvidaré.

Y la niña repitiendo en voz baja las palabras del cura, bajaba á la llanura para juntarse con sus cabritas.

II.

¡Cuánto trabajaba ese pobre ángel!... ¡Con cuánto luchaba para poder vivir y hacer vivir á su sér querido!... Siempre en la miseria, sin tener un ahorro para los malos días del invierno en que necesita leña el hogar, pan la madre, que apenas hay ropa para abrigar el cuerpo. Cuando las grandes lluvias le impedían salir de la cabaña para vender una cabra ó algunos quesos que habían podido hacer en los momentos de descanso; cuando el agua pasaba por la podrida paja del techo que era el de la enferma, porque Marta dormía en un colchón de paja para no interrumpir á su madre en el sueño, y cuando ésta le decía: «¿Tienes frío hija mía?» la niña, con los bracitos helados, le decía: «No, madre, la paja es muy caliente,» y con los ojos empapados en afligido llanto, ahogando los sollozos en el borde de los amoratados labios, buscaba un lugar seco para poner el lecho y veía que en todas partes caía el agua; ¡cuánta desesperación, cuánto dolor se apoderaba de esa alma tan joven!...

Los inviernos en la falda de los Pirineos son crudísimos; los vecinos de las aldeas que se extienden á sus pies, cuando la campana de la iglesia toca la oración, todos se encierran en la cabaña, y rodean el buen fuego que chisporrotea levantando alegre llama; en esos inviernos y en esas eternas noches, tristes como la estación que las atrae, Marta pasaba, sentada junto á una moribunda llama, velando á su madre y cruzando y corriendo las cuentas del rosario entre sus helados dedos; la llama moría lentamente, las brasas se apagaban, enfriábanse las cenizas, y la niña, vencida por el cansancio, quedábase dormida, apoyada su rubia cabeza en el respaldo de una vieja silla, único asiento en la cabaña.

Al verla una mañana el cura, después de una noche que Marta había pasado en vela, le dijo con cariñoso acento:

—¡Qué pálido tienes el rostro, Marta! ¿Estás enferma?...

—No sé qué tengo, padre mío, aquí dentro de mi pecho (y la Pastora oprimió su corazón entre sus manecitas blancas). Tengo un dolor tan fuerte que, sin quererlo y pensarlo, muchas veces llegan lágrimas á mis ojos y lloro mucho, y como después de un fuerte huracán cae la lluvia, y luego sale el sol y da á todo alegría, así sucede en mí: después que cae mi última lágrima, se-

toy alegre. ¿Qué tengo, padre, que yo no sé, y por más que me pregunto nunca puedo contestarme?....

—Nada, nada, hija mía; pide á Dios paz para tu alma.

Y el cura se alejaba, enjugando una lágrima que también sin querer llegaba á sus ojos....

III.

Era una triste noche de invierno.

Rielaba la luna por el limpio cielo; su brillantez era inmensa.

La luz de las estrellas titilaba, y el valle, la colina, la aldea, descansaba bajo un velo de claridad infinita.

La nieve caía en gruesos copos; las ramas de los árboles del valle se destacaban del fondo de luz; y al mirarlos de lejos, parecían mudos gigantes vestidos con blancas vestiduras en giros que el aura de la noche sacudía, arrancando los sueltos pedazos, y llevándoles lejos hasta confundirlos con otros.

La paja de los techos de las silenciosas cabañas, el agua de la fuente que murmuraba durante el día, la colina, el campanario, hasta la torre de piedra del molino, todo, todo, poco á poco, iba quedando cubierto por el helado manto del invierno.

Reinaba en la aldea tristísimo silencio, desde el toque de oración: al parecer todos descansaban.

Sólo de una cabaña que estaba muy cerca de la capilla, y lejos de las demás, se veía por las rendijas de una ventana la claridad de una luz.

Era el pobrecito albergue de la madre de la Pastora.

Penetremos en él, pero muy quedo, que al ruido de nuestros pasos no despierte la anciana ni se interrumpa la oración del cura.

Se oye una respiración fatigosa, interrumpida tan sólo por la plegaria.

Se ve un rostro pálido, blanco como la nieve, una cabeza con el cabello suelto, hundida en la almohada, é iluminada apenas por la luz de una vela de cera que tiembla al pasar la brisa junto a ella, y que ilumina la imagen de una Virgen.

Todo es silencio en la noche, ni un acento, ni un suspiro.

Sólo los ligeros pasos como de corza que corre perseguida por el cazador, como de brisa que arrastra la hojarasca del camino, como de agua que se desliza por entre juncos y sobre lecho de arenas muy finas; así á lo lejos se oyen, y también el aura en sus revueltos giros trae como interrumpidos sollozos, los últimos acentos de una música, el descompasado acorde que producen las cuerdas de una arpa al romperse por la presión de nerviosa mano.

¿Qué ruido es ese que interrumpe el silencio de la noche? ¿Qué sombra ó sér es ese que, azotado por la nieve, corre?

Es una mujer, parece una niña; la cabellera está salpicada con gotas de nieve, la mirada de sus ojos está empañada, los labios entreabiertos modulan una plegaria.... silencio.... un rayo de luna va á iluminar de lleno su rostro.... ¡ah! Es la Pastora, que, sin que el crudo frío la detenga, va en busca de algún socorro para su madre, que desde el caer la tarde está para morir...

Volvamos á la cabaña; la enferma en el lecho; los descarnados brazos se mueven, los labios se abren lentamente como se abre una flor, y despacio, muy despacio, la anciana se sienta en el lecho, extiende la mirada sin brillo á su rededor, como si algo buscara; al parecer nada de lo que busca encuentra, y con voz muy baja, que apenas se oye, le dice al cura que ha interrumpido su rezo:

—Padre, ¿mi hija?

—Ya llega....

—¿Ha salido?.... Creo que cae nieve.... ¿Dónde ha ido?

—Hasta la aldea vecina á buscar al médico, porque desea que vivais.

—¡Pobre hija mía!... No... no, padre, ya no... volveré á besar su rostro...

Los ojos de la anciana se cerraron, el cura tocó la frente de la enferma; estaba fría como esa nieve que cubría el suelo; arrojóse á los pies del lecho, y oró. La anciana estaba muerta.

IV.

Al otro día, después de esta triste escena que acabo de narrar, acompañados de los vecinos de ambas aldeas, eran llevados á enterrar, cuando el sol se hundía tras la colina, los seres más queridos: la anciana madre y su hermosa hija.

—¡Cómo! ¿También murió la Pastora?—preguntaron los nietos á su abuela, que era la que contaba ese cuento.

—Sí, hijos míos; esa niña amaba tanto á su enferma madre, que, viendo que se moría, y sabiendo que en la aldea vecina vivía un médico, sin detenerse por el frío, corrió á buscarle. ¡Ah! mas la nieve heló sus desnudas carncitas, y cayó vencida: al otro día, un aldeano que cruzaba el camino, la encontró muerta de frío.

Ya veis, hijos míos, cuánto amor puede tener un niño; amad como la humilde Pastora, amad así á vuestras madres, que nunca un sacrificio es mucho para poderlas aliviar de cualquier dolor.

A. DEL W.

(L. L. C.)

Imp. de F. Bertran, Pelayo, 60, bajos (interior).

OBRAS EN VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA.

ALBUM DE LOS PAPAS, 10 duros. Interesante y lujosa obra en la que van contenidos **258** retratos de los Papas desde S. Pedro á Leon XIII.

Officium Hebdomadæ Sanctæ, etc.—Un volumen en 24.º, á dos tintas, 5 pesetas en chagrin.

Officium Hebdomadæ Sanctæ, etc., cum cantu emendato. Un volumen en 8.º, á dos tintas, 8 pesetas encuadernado.

Meditationes de Jesuchristo ejusque S. S. Corde utriusque cleri sacerdotibus propositæ a P. Emm. Bottaglia S. J.—Un volumen en 18.º á 4 pesetas en rústica.

De ecclesiasticorum vita, moribus et officiis libri tres, auctore R. P. Schevichavio Ainhemio S. J. doct. theol.—Dos volúmenes en 18.º, 6 pesetas en rústica.

Cuvellier, M., S. J., Meditationes brevissimæ in usum Sacerdotum, Religiosorum, Missionariorum iter agentium, etc., in totum annum distributæ.—Un tomo en 18.º, 1 peseta 50 céntimos.

Ciencia del Crucifijo, (La) meditaciones para el tiempo de la vida y de la muerte, por el R. P. Pedro Marie de la Compañía de Jesús. Obra revisada y corregida por el P. Grou de la misma Compañía.—Un tomo en 16.º encuadernado en percalina, 1 peseta y 50 céntimos en rústica.

Ciencia práctica del Crucifijo, (La) en el uso de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, conti-

nuacion del libro titulado *La Ciencia del Crucifijo*, por el R. P. Grou de la Compañía de Jesús.—Un tomo en 16.º encuadernado en percalina, 1 pla. y 50 céntimos en rústica.

El Obrero católico. Revista semanal escrita por y para la clase obrera. (Con licencia.—Año tercero). 20 reales al año.—Por corresponsal, 22. Redaccion y administracion: Imprenta de San José, Manresa (Barcelona).—No se admiten suscripciones para menos de un año.—El pago, que ha de ser anticipado, puede hacerse en sellos de cartas.—El año editorial empieza por San José.—Se mandará un número de muestra á quien lo solicite. Se suscribe en esta casa.

Cuentos de los Angeles (Los) del R. P. Federico Guillermo Faber.—Un tomo en 12.º encuadernado en percalina, 1 peseta, con planchas y dorados.

Libro de oro de los niños. La primera comunión, por Madame Leon Gautier, precedida de una carta de Mons. Mermillod, traducida por D.ª Josefina Pirelló, profesora elemental y superior.—Un tomo en 12.º encuadernado en percalina, 1 peseta, con planchas y dorados.

Piloto divino (El) ó sea Recuerdo de la Mision y primera Comunión. Devocionario completo por Don Bernardo Vergés, Pbro., misionero apostólico.—Un tomo en 16.º encuadernado en percalina con plancha dorada, á 25 céntimos de peseta.